

bian hecho una irrupción por aquel lado: los árabes, temiendo perder las riquezas de su botín, hacen un movimiento retrógrado para defender su campo; este movimiento introduce la confusión; en vano Abderrahman intenta restablecer el orden; cae del caballo atravesado de infinitas lanzas; estaba anocheciendo y las tinieblas vienen á economizar alguna sangre mahometana. Los árabes se retiran silenciosamente del campo del combate: al día siguiente los cristianos hallan las tiendas desiertas, los árabes habían ido en retirada hasta Narbona; el famoso Carlos, llamado despues Martell, que quiere decir *martillo* (1), pone cerco á Narbona, pero los ismaelitas la defienden con valor, y le obligan á levantar el sitio con gran pérdida (2).

La derrota de Poitiers, acaecida en 732 (3), puso término al engrandecimiento de los árabes en Occidente, y acaso les impidió hacerse los dominadores de toda Europa, que tal había sido el pensamiento de muchos de sus caudillos. Ella completó también el abatimiento de la casa real de Clodoveo, y fué el principio y cimiento del imperio franco-germano de Occidente, y la base sobre que Carlos Martell fundó la soberanía de la Galia para los herederos de Pepino de Herestall.

CAPITULO III

Pelayo.—Covadonga.—Alfonso.

DE 711 Á 756

Los cristianos en Asturias.—Pelayo.—Combate de Covadonga.—Triunfo glorioso.—Formación de un reino cristiano en Asturias y principios de la independencia española.—Reinado de Pelayo.—Su muerte.—Idem de su hijo Favila.—Elevación de Alfonso I.—Estado de la España musulmana al advenimiento de Alfonso.—Sus guerras en la Galia con Carlos Martell.—Rebeliones y triunfos de los berberiscos en Africa.—Escisiones entre las razas musulmanas de España.—Atrevidas excursiones y gloriosas conquistas de Alfonso el Católico.—Terror de los árabes.—Nueva irrupción de africanos.—Designación de comarcas para el asiento de cada tribu.—Rentevanse con furor las guerras civiles entre las razas musulmanas.—Fraccionamiento de provincias.—Anárquica situación de la España sarracena.

¿Era toda la España sarracena? ¿Obedecía toda á la ley de Mahoma? ¿Era en todas partes el Dios de los cristianos tributario del Dios del Islam? ¿Habían desaparecido todos los restos de la sociedad goda? ¿Había muerto la España como nación? No: aun vivía, aunque desvalida y pobre, en un estrecho rincón de este poco há tan vasto y poderoso reino, como un desgraciado á quien han asaltado su casa y robado su hacienda, dejando solo un triste y oscuro albergue, en que los salteadores con la algarazca de recoger su presa no llegaron á reparar.

Desde la catástrofe del Guadalete y al paso que los invasores avanzaban por el interior de la Península, multitud de cristianos, sobreecogidos de pavor y temerosos de caer bajo el yugo de los conquistadores, buscaron su salvación y trataron de ganar un asilo en las asperezas de los montes y al abrigo de los riscos de las regiones septentrionales, llevándose consigo toda su riqueza mobiliaria, las alhajas de sus templos y los objetos mas preciosos de su culto. Obispos, sacerdotes, monjes, labradores, artesanos y guerreros, hombres, mujeres y niños, huían despavoridos á las fragosidades de las sierras en busca de un vallador que los pusiera al amparo del devastador torrente. Los unos ganaron la Septimania, los otros se cobijaron entre las breñas y sinuosidades de la gran cadena de los Pirineos, de la Cantabria, de Galicia y de Asturias. Esta última comarca, situada á una extremidad de la Península, se hizo como el foco y principal receptáculo de los fugitivos. País cortado en todas direcciones por inaccesibles y escarpadas rocas, hondos valles, espesos bosques y estrechas gargantas y desfiladeros, una de las postreras regiones del mundo en que lograron penetrar las águilas romanas, no muy dócil

(1) «Por los terribles golpes que á manera de martillo descargó sobre los enemigos en esta batalla,» segun la Crónica de Saint-Denis.

(2) Isid. Pac. Cron. n. 59.—Conde, Dominac. cap. 25.—Fredegario, Cron.—Anales de Aniano.—Fauriel, Hist. de la Gaule Meridion.

(3) Conde la pone en 733: las crónicas francas todas en 732.

al dominio de los godos, contra el cual apenas cesó de protestar por espacio de tres siglos, pareció á aquellas asustadas gentes el mas á propósito para guarecerse con menos probabilidad de ser hostilizados, y para atrincherarse y defenderse en el caso de ser acometidos. Diéronles benévola acogida los rústicos é independientes moradores de aquellas montañas: y allí vivían naturales y refugiados, si no contentos, resignados al menos con su estrechez y sus privaciones, prefiriéndolas al goce de sus haciendas á trueque de no verse sujetos á los enemigos de su patria y de su fe. La fe y la patria eran las que los habían congregado allí. En el corazón de aquellos riscos y entre un puñado de españoles y godos, restos de la monarquía hispano-goda confundidos ya en el infortunio bajo la sola denominación de españoles y cristianos, nació el pensamiento grande, glorioso, salvador, temerario entonces, de recobrar la nacionalidad perdida, de enarbolar el pendon de la fe, y á la santa voz de religión y de patria sacudir el yugo de las armas sarracenas.

Los mahometanos por su parte habíanse cuidado poco de la conquista de un país, que sobre ser de difícil acceso, debió parecerles miserable y pobre en cotejo de las fértiles y risueñas campiñas de Mediodía y Oriente de que acababan de posesionarse, mucho mas no sospechando lo que se ocultaba dentro de aquellas montuosas guaridas. Parece, no obstante, que bajo el gobierno del cuarto walí Ayub llegaron algunos destacamentos enemigos á la parte llana de Asturias, y que hallándola desierta, por haberse retirado sus moradores á lo mas fragoso de sus bosques y breñas, se apoderaron fácilmente de las aldeas y puertos de la costa. Dejaron por gobernador en Gegio ó Gijón (hoy Gijón) á un jefe que nuestras crónicas nombran Munuza, y que fué sin duda el Othman ben Abu Neza de que hemos hablado en el anterior capítulo.

Faltábales á los cristianos allí guarecidos un caudillo de tan grandes prendas como se necesitaba para que los guiara en tan grande y atrevida empresa como la que habían meditado. La Providencia les deparó un noble godo nombrado Pelayo, hijo de Favila, antiguo duque de Cantabria, y de la sangre real de Rodrigo. Había sido Pelayo conde de los espartanos ó sea de la guardia del último monarca; había peleado heroicamente en la batalla de Guadalete, y la fama de sus proezas, y la gallardía de su persona, y la nobleza de su alcurnia, todo contribuyó á que los asturianos se agruparan en derredor suyo y le aclamaran unánimemente por jefe y capitán de aquella improvisada milicia religiosa, de aquella grey de fervorosos cristianos, mas provistos de entusiasmo y de fe que de armas y materiales medios para la defensa. Pelayo aceptó, á fuer de hombre religioso y de varon esforzado y amante de su patria, el difícil y honroso cargo que se le confiaba, y dióse principio á la obra derramándose aquellas gentes por las comarcas vecinas de Cangas de Onís, llamada entonces Cánicas.

Llegó la noticia del levantamiento de los astures á oídos del walí El Horr, á tiempo que este se disponía á penetrar con sus huestes en la Galia gótica, y no dando grande importancia al movimiento de Asturias, encargó á su lugarteniente Alkamah la empresa de sujetar los asturianos. Partió, pues, Alkamah con un cuerpo de ejército respetable, si bien es de sospechar que hayan exagerado su cifra los primeros cronistas españoles. A la aproximación de la hueste sarracena no creyendo Pelayo conveniente esperarle en Cangas, se retiró con todo el pueblo hácia el monte Auseba. Las mujeres, viejos y niños buscaron lo mas fragoso de las breñas para cobijarse, mientras los hombres de armas se situaban en las alturas y colinas desde donde mejor pudieran ofender á los enemigos que se atrevieran á penetrar por aquellos desfiladeros.

A la extremidad de un estrecho y sombrío valle al oriente de Cangas, que torciendo un poco hácia Occidente forma una cuenca limitada por tres cerros, se levanta una enorme roca de ciento veintiocho piés de elevación, en cuyo centro hay una abertura natural que constituye una caverna ó gruta, entonces como ahora llamada por los naturales la cueva de Covadonga. Allí se retiró Pelayo con cuantos soldados podían caber en aquel agreste recinto, colocando el resto de sus gentes en las alturas y bosques que cierran y estrechan el valle

regado por el río Deva, y allí esperó con serenidad al enemigo, contando mas con la protección del cielo que con sus fuerzas. Noticioso Alkamah de la retirada de Pelayo, orgulloso y confiado, hizo avanzar su ejército encajonado por aquella cañada, no pudiendo presentar sino un frente igual al que oponían los refugiados en la cueva, quedando sus inmensos flancos expuestos á los ataques de los que en las colinas laterales se hallaban emboscados. Entonces comenzó aquel ataque famoso, cuya celebridad durará tanto como dure la memoria de los hombres. Las flechas que los árabes arrojaban solían rebotar en la roca y herir de rechazo á los infieles, mezcladas con las que desde la gruta lanzaban los cristianos. Al propio tiempo los que se hallaban apostados entre las breñas hacían rodar á lo hondo del valle enormes peñascos y troncos de árboles que aplastaban bajo su peso á los agarenos y les causaban horrible destrozo. Apoderóse el desaliento de los musulmanes, tanto como crecía el ánimo de los cristianos, á quienes vigorizaba la fe y alentaba la idea de que Dios peleaba por ellos.

Cuando Alkamah vió succumbir á su compañero Suleiman, intentó ganar la falda del monte Auseba y ordenó la retirada. Embarzábale unos á otros en aquellas angosturas. Levantóse en esto una tempestad que vino á aumentar el espanto y el terror en los que iban ya de victoria. El estampido de los truenos, cuyo eco retumbaba con fragor por montes y riscos, la lluvia que se desgajaba á torrentes, las peñas y troncos que de todos lados sobre los árabes caían, el movedizo suelo que con la lluvia se aplastaba y hundía bajo los piés de los que habían logrado ganar alguna pendiente, y que caían resbalados por aquellos senderos sobre los que se rebullían confusos en el valle, y que perecían ahogados en las desbordadas aguas del Deva, todo contribuyó á hacer creer que hasta los montes se desplomaban sobre los soldados de Mahoma. Horrible fué la mortandad: hay quien afirma no haber quedado un solo musulmán que pudiera contar el desastre: de todos modos el triunfo cristiano fué glorioso y completo; por mucho tiempo cuando las crecientes del río descendían las faldas de las colinas, se descubrían los huesos y armaduras de los soldados sarracenos. En medio de la vega de Cangas una capilla con la advocación de la Santa Cruz muestra todavía el sitio en que se atrevió ya Pelayo á atacar en campo raso á sus diezmosos enemigos. Aconteció este famoso suceso en el año 99 de la hegira, 718 de Jesucristo (1).

(1) Para la relación que acabamos de hacer del levantamiento de Asturias, de la proclamación de Pelayo y de la batalla de Covadonga, hemos recogido cuanto hemos hallado de mas comprobado y verosímil en los escritos árabes y cristianos, desnudo de las exageraciones y fábulas, de las invenciones maravillosas y de las extravagantes aserciones con que algunos parece haberse propuesto embrollar este brillante período de nuestra historia, los unos llevados del fanatismo propio de su época, los otros arrastrados de una especie de pironismo histórico. Así no extrañamos que el docto Dunhan se viera embarazado hasta el punto de expresarse de la manera siguiente: «Hay tanta confusión, tanta contradicción, y á veces tal carencia de probabilidad en las oscuras autoridades relativas á este período, así árabes como cristianas, que es desesperada empresa la del que aspira á formar una narración algo racional y un tanto ordenada del reinado de Pelayo. Bien es verdad que cuando discrepan las autoridades, toca á la razón dar el fallo.» Esto es precisamente lo que nosotros hemos procurado hacer, con la diferencia que no tenemos por tan desesperada empresa como el historiador inglés, el entresacar de entre tan encontrados relatos lo mas conforme á la autoridad, á la razón y á la tradición. Creemos que basta para ello un mediano criterio.

Convenimos en que se ha embrollado mucho este período, ó por lo menos ha habido riesgo de que así sucediese, máxime desde que algunos críticos españoles conocidos por su prurito de sentar opiniones nuevas y peregrinas, pretendieron trastornar toda la cronología de estos sucesos, suponiendo no haber acontecido hasta el año 756, es decir, 38 años mas tarde de lo universalmente admitido. Sustentó el primero esta aserción el erudito Pellicer, á quien un historiador moderno (Ortiz) llama el *Hardouin de España*, «por su ciega manía en decir cosas nuevas y sostener paradojas,» y á quien siguieron Mondéjar, Masden y Noguera, aquejados también del mismo furor de novedad. Sirviéronle de principal apoyo y fundamento el silencio del Pacense, único cronista español contemporáneo, acerca de todo lo acaecido en Asturias. Ciertamente es notable y lastimoso el silencio que sobre tan importantes sucesos guarda el obispo cronista. Mas por fortuna, sobre no pasar de ser un argumento negativo, ha venido la publicación posterior de historias árabes, que aquellos crí-

Admiremos aquí los altos designios del que rige los pueblos y tiene en su mano los destinos de las naciones. El inmenso poder de aquellos godos, á cuyo pujante brazo no había podido resistir el coloso de Roma, de aquellos godos vencedores de cien pueblos, dominadores de España, de Africa y de la Galia, vióse reducido á un puñado de montañeses guarecidos en un rincón de esta Península, dentro de una cueva, capitaneados por un caudillo, en cuyas venas corría mezclada y confundida la sangre goda y la sangre española. Y del corazón de aquella gruta había de salir un poder nuevo, que había de luchar con otro pueblo gigante, y había de ser el fundador de un Estado que con el tiempo había de dominar dos mundos. Pelayo, cobijado en la caverna de Covadonga, seméjase:

ticos no conocieron, á confirmar la cronología general recibida y que nosotros seguimos. ¿No pudiera además el Pacense haber escrito aparte los sucesos de Asturias, y haberse perdido su obra, como desgraciadamente sucedió con el Epítome de la Historia de los Árabes, de que el mismo Isidoro nos habla en el núm. 65 de su Crónica?

Por otra parte, mientras Noguera niega el título de rey á Pelayo, Masden empieza su catálogo de reyes desde Teodomiro y Atanaildo ó Atanagildo, tocándole á Pelayo ser el tercer rey de España. Nos parece aventurada la opinión primera, é infundada la segunda.

Masden sostiene que los árabes no llegaron nunca á Gijón, y que Munuza no era gobernador de Gegio, sino de *Legio*, Leon. La similitud del nombre y la circunstancia de pertenecer entonces Leon á las Asturias, podrían hacerlo verosímil. Pero sus esfuerzos para probar que fuese *Legio* y no *Gegio* han sido insuficientes para persuadirlo.

Mas razón nos parece que tienen Pellicer y Masden para dar por fabulosa la ida del obispo Oppas á Asturias y su presencia en la batalla, cuanto mas los largos razonamientos que dice Mariana pasaron entre el obispo y Pelayo, y que nos da íntegros y á la letra segun su costumbre. Lo cual, dice un escritor de nuestro siglo, lleva un sello de falsedad tan evidente que avergüenza hablar de ello. Tampoco falta quien añada haberse hallado y muerto en el combate el conde Julian y los hijos de Witiza: lo que consignamos, porque se vea que no ha quedado nada por decir de aquella célebre familia.

En cuanto á la genealogía de Pelayo hay tambien variedad y confusión. La crónica Albendense le hace hijo de Veremundo ó Bermudo y sobrino de Rodrigo. Sebastian de Salamanca le supone hijo de Favila, duque de Cantabria. Duque de Alava llama á su padre la crónica de Oviedo.

El P. Mariana da un origen muy singular al gran suceso de Asturias. En la idea de que la incontinencia de un rey cristiano (Rodrigo) fué la causa de la pérdida de España, buscó el desquite en la incontinencia de un gobernador moro para encontrar la causa de su restauración. Al efecto supone que Munuza se enamoró ciegamente de una hermana de Pelayo, extraordinariamente hermosa como era menester que fuese; y que no pudiendo lograrla en matrimonio, halló medio de enviar á Pelayo con una comisión á Córdoba para el caudillo Tarik, cuya ausencia aprovechó el moro para satisfacer su torpe deseo. Noticioso Pelayo á su vuelta é indignado de la afrenta y deshonra de su hermana, juró vengarse del atrevido y deshonesto moro, y de aquí la excitación á los asturianos á tomar las armas y todo lo demás que se siguió, y que el historiador exorna con circunstancias todas singulares, sin que podamos saber de dónde tomó la fábula y sus decoraciones. El caso es que el Padre d'Orleans, el Abad de Vairac y la compilación de Paquis tomaron ciegamente la fábula del historiador español, la cual ha podido ser muy buena para dar argumento á Moratin, padre, para su tragedia de *Ornestada*, y á Jovellanos y Quintana para su *Pelayo*.

Excusado es decir que el P. Mariana acoge de lleno todos los milagros que se cuentan de la batalla de Covadonga.

Las crónicas antiguas hacen subir el ejército árabe que combatió en Asturias á una cifra que asombra. Sebastian de Salamanca sienta muy formalmente que murieron en la primera refriega *ciento veinticuatro mil moros* (caldeos llama él), y que los *sesenta y tres mil* restantes perecieron aplastados bajo aquella colina que se desgajó. De manera que segun el cronista, á quien han seguido el monje de Silos y otros posteriores, hasta el canónigo Ortiz, historiador de nuestro siglo, el ejército moro se componía de *ciento ochenta y siete mil hombres*, que todos perecieron sin quedar uno solo que lo contara. Si así fué, bien hacen en recurrir á dos milagros visibles para explicar la derrota de Covadonga, pues de otro modo sería imposible. D. Rodrigo de Toledo solo hace perecer veinte mil en la primera pelea, y despues de la retirada una gran muchedumbre. A este sigue sin duda el P. Mariana. Un historiador árabe (Ebn Haiyan, in Admed) toma su exageración por otro estilo. Este dice que el comandante de los infieles (Pelayo) se encerró en una cueva con trescientos hombres, los cuales todos perecieron de hambre y de fatiga, excepto treinta hombres y diez mujeres que sobrevivieron y se alimentaban de miel que las abejas habían dejado en las hendiduras de la roca. Por último, en el *Moro Expósito* de nuestro ilustrado contemporáneo el duque de Rivas,

nos á la semilla desprendida de un árbol viejo cortado por el hacha del leñador, que encarcelada dentro del hueso ha de romperle, brotar, desarrollarse, crecer, fructificar y formar con el tiempo un árbol mas lozano, robusto y vigoroso que el que le habia engendrado, y cuyas ramas se han de extender por todo el universo.

Aunque el memorable triunfo de Covadonga se explique, como lo hemos visto, por sus causas naturales, preciso es no obstante reconocer en aquel conjunto de extraordinarias y portentosas circunstancias algo que parece exceder los límites de lo natural y humano. En pocas ocasiones ha podido ser mas manifiesta para el hombre de creencias religiosas la proteccion del cielo. Por lo mismo no nos maravilla que los escritores de una edad de tanta fe lo dieran todo al milagro y á la mediacion de la Virgen María, cuya imagen habia llevado consigo Pelayo á la cueva. Las historias árabes refieren tambien el suceso con asombro, no disimulan haber sido horrible la matanza, y hacen justicia al valor y á la audacia de *Belay el Rumí* (Pelayo el Romano), como ellas le nombran (1). El gobernador de Gegio, Munuza, sabedor de la derrota de los suyos y de la muerte de Alkamah, no se contempló seguro en Asturias, y retiróse hácia la España Oriental. Algunas crónicas cristianas afirman haber sido alcanzado y muerto en la vega de Ovalle por el héroe mismo de Covadonga; acaso pudo creerse así entonces: mas este relato le contradicen los posteriores hechos de Munuza que en el precedente capítulo dejamos referidos. Quedó, no obstante, con esto todo el territorio de Asturias comprendido entre los montes y el mar, libre de soldados sarracenos.

En el entusiasmo de la victoria, los asturianos apellidaron rey á Pelayo: principio de una nueva monarquía, de la monarquía española; porque la religion y el infortunio han indentificado á godos y romano-hispanos, y no forman ya sino un solo pueblo; y Pelayo, godo y español, es el caudillo que une la antigua monarquía goda que acabó en Guadalete con la nueva monarquía española que comienza en Covadonga. A la salida de esta célebre cueva hay un campo llamado todavía de *Repelayo* (síncope sin duda de Rey Pelayo), donde es fama tradicional que se hizo la proclamacion levantándole sobre el pavés; y nada mas natural que este acto de recompensa de parte de aquellas gentes hácia el valeroso caudillo que las habia conducido á la victoria, en el primer sitio en que pudo hacer alto el ejército vencedor. A una legua junto al pueblo de Soto se halla el *Campo de la Jura*, donde hasta el siglo presente iban los jueces del concejo de Cangas á tomar posesion de la vara de la justicia. Respetables y tiernas prácticas tradicionales de los pueblos, que recuerdan con emoción la humildé y gloriosa cuna en que nació el legítimo principio de la autoridad.

se acaba de poner el sello á la exageracion en el romance que supone cantado por un rústico como cancion popular en la España antigua, y dice así:

El valeroso Pelayo
cercado está en Covadonga
por cuatrocientos mil moros
que en el zancarron adoran.
Solo cuarenta cristianos
tiene, y aun veinte le sobran.

Y concluye diciendo:

Cuatrocientos mil cabezas
de los perros de Mahoma
los valerosos cristianos
siegan, hienden y destrozan,
concediendo así la Virgen
al gran Pelayo victoria.

Pero no era en España solo donde de tal manera se ponderaban las pérdidas de los infieles. Las crónicas cristianas francesas hacian subir el número de árabes muertos en el sitio de Tolosa á la enorme cifra de trescientos setenta y cinco mil, y á otros tantos en la batalla de Poitiers, si bien acaso algunos las confundieron. Menester es disimular tales hiperboles á las gentes de aquel tiempo en su ansia de exterminar á los enemigos de su religion.

(1) Sabido es que los árabes llamaban *romano* á todo el que no fuese árabe, ó acaso godo puro. Tambien significaba el *cristiano*, el *extranjero*.

O no conocieron los árabes toda la importancia de su desastre de Asturias, ó entretenidos á la otra parte de los Pirineos en la empresa de apoderarse de la Septimania gótica, descuidaron reparar el contratiempo de Covadonga, ó no tuvieron tropas que destinar á ello. Es lo cierto que una paz que parecia providencial proporcionó á Pelayo tiempo y quietud para poder dedicarse á la organizacion de su pequeño Estado. La fama de su triunfo fué atrayendo á aquel primer asilo de la libertad á los cristianos de las vecinas comarcas, que abandonando sus hogares y haciendas acudian ansiosos de aspirar el aire de la independencia y de vivir entre aquellos esforzados montañeses, que tenian la misma fe y hablaban la misma lengua que ellos. A medida que la poblacion iba creciendo, y que la seguridad infundia aliento á los moradores de las montañas, iban descendiendo de las breñas y bosques á los valles y á los llanos. La necesidad y la conveniencia les prescribia ocuparse en desmontar terrenos incultos, en laborear los campos, en apacentar sus ganados, en edificar templos y casas, en ensanchar el recinto de sus pequeñas aldeas, y en aplicar cada cual su industria para ir las fortaleciendo; entre ellas debió ser una de las que recibieron mas agregaciones la corta villa de Cangas, destinada á ser la capital de aquel diminuto reino. Natural era tambien, aunque las crónicas no lo digan, que Pelayo se consagrara en aquel período de paz á ejercitar á sus soldados en el manejo de las armas, y á dar á su pueblo una organizacion á la vez militar y civil, como lo es siempre la de los pueblos nacientes que conquistan su existencia por la guerra y tienen que sostenerla con la espada. No nos hablan las historias de nuevas batallas que tuviera que dar Pelayo. No hostilizado por los enemigos, fué por su parte muy prudente en no aventurarse á excursiones que hubieran podido ser peligrosas, y contento con haber formado el núcleo de la nueva monarquía, dedicado á consolidarla y robustecerla, reinó diez y nueve años, al cabo de los cuales murió pacíficamente en Cangas (737 de J. C.). Los restos mortales del ilustre restaurador de la independencia española fueron sepultados en Santa Eulalia de Abamia (antes Velamia), á una legua de Covadonga, juntos con los de su mujer Gaudiosa (2).

Mientras esto pasaba en Asturias, habian acontecido en los últimos años del reinado de Pelayo sucesos importantes en la España musulmana. La derrota de los sarracenos en Poitiers, acaecida en 732, habia realentado á los cristianos de una y otra vertiente del Pirineo Occidental, que alzados en armas se dispusieron á resistir á los árabes al abrigo de sus montañas. En reemplazo del desgraciado Abderrahman muerto en la batalla de Poitiers, fué nombrado emir de España el anciano Abdelmelek ben Cotan, que bajo una cabellera emblanquecida por los años, conservaba el vigoroso corazon de un joven. Habiendo hallado sus tropas abatidas bajo el golpe del hacha de Carlos Martell, las reanimó diciendo: «La guerra es la escala del paraíso: el enviado de Dios se gloriaba de ser el *hijo de la espada*, y reposaba en el campo de batalla á la sombra de los estandartes ganados al enemigo. Los triunfos, las derrotas y la muerte, todo está en manos del Todopoderoso, que exalta hoy á los que habia humillado ayer.» Animados con esta arenga los guerreros árabes, dirigiáanse con su anciano jefe á la Aquitania, ansiosos de vengar su anterior desastre y la sangre de Abderrahman; mas al atravesar los desfiladeros de la Vasconia, encontraron á aquellos rudos montañeses preparados á atajarles el paso, y cayendo bruscamente sobre los musulmanes los obligaron á retroceder con gran pérdida y á replegarse sobre el Ebro. Segundo ejemplo que encontramos de resistencia de parte de los naturales de España á las armas sarracenas, todo en la cadena de los Pirineos (734). Costóle á Abdelmelek ser depuesto por el walí de Africa, á quien preguntaba ya el califa en qué consistia que saliesen tan desgraciadas todas sus empresas contra los hombres de Afranc (3).

(2) Sebast. Salmant. n. 11.—El monje de Silos.—El arzobispo don Rodrigo.—La crónica general.—Los Arabes de Conde.—Ahmed Almakari y otros.

(3) Ebn Khaldun, apud Ahmed Almakari.—Isidor. Pacens. Chron.

El desastre de Abdelmelek infundió nuevo desaliento en las tribus de España; y el gobierno de Damasco nombró emir de esta tierra á Oeba ben Alhegag, cuya cimitarra se habia distinguido en Africa en las guerras contra los berberiscos. Tenia tambien fama de justo y de severo, y á ella correspondieron bien sus actos de gobierno en España. Oeba se mostró inexorable con los dilapidadores y concusionarios; quitó las alcaldías á los caudillos acusados de avaros y crueles y llenó las cárceles de malversadores y exactores injustos. El delito mas grave para este emir en un funcionario del gobierno, era el que oprimiese á los pueblos por saciar su codicia. Oeba era en esto inflexible. Además de haber establecido cadíes ó jueces para que administrasen rectamente justicia, ordenó que los walíes organizaran partidas de seguridad pública para la persecucion de los ladrones y bandidos: llamábanse esta especie de celadores *kawíefes* (descubridores); institucion parecida á la que posteriormente han adoptado las naciones modernas, bajo denominaciones diferentes, como cuadrilleros, miqueletes ó gendarmes, acomodando su nombre y organizacion á las circunstancias y á la índole de cada gobierno y país. Oeba deslindó las atribuciones de las autoridades, empadronó todos los vecinos de todas las poblaciones, é igualó los tributos sin distincion de orígenes ni de creencias. Creó escuelas y las dotó con las rentas públicas: mandó construir mezquitas y oratorios, y dispuso que hubiese en ellas predicadores y maestros que enseñasen la religion al pueblo. Era el emir irreprensible en su porte, amábanle los buenos y temíanle los malos. Examinó la conducta de Abdelmelek, y no hallándole delincuente, le nombró comandante de la caballería con destino á la frontera del Norte. El mismo Oeba se encaminaba hácia el Pirineo para invadir la Aquitania, cuando en Zaragoza recibió órdenes del walí de Africa, en que le mandaba que sin demora se pusiese en camino para aquella tierra, donde los turbulentos berberiscos de Magreb con nuevas rebeliones amenazaban seriamente la autoridad del califa, y hacian necesaria la presencia de un caudillo, cuyo alfanje habia domado otras veces á los inquietos africanos. Obedeció Oeba, y regresando apresuradamente á Córdoba, pasó á Africa con un cuerpo escogido de caballería (737).

Coicidió este suceso con la muerte de Pelayo, á quien sucedió en el reino por consejo y determinacion de los generales su hijo Favila, que en un corto reinado de menos de dos años no hizo cosa digna de la historia, dice el cronista Salmantino (1), sino haber construido cerca de Cangas la iglesia de Santa Cruz que poco há hemos mencionado. Era la caza la pasion favorita de este príncipe, y entregado á esta diversion pereció un dia desgarrado por un oso que habia tenido la imprudencia de irritar (739). Aunque Favila habia dejado hijos, ninguno de ellos fué llamado á reinar, acaso por sus pocos años, y dióse la soberanía al yerno de Pelayo, casado con su hija Ermesinda, llamado Alfonso, hijo de Pedro, duque tambien de Cantabria y de la noble sangre goda (2). Era el nuevo príncipe hombre de ánimo esforzado, inclinado á la guerra, emprendedor y atrevido, y el mas propio para mandar en aquella sazón al pueblo y gobernarle. Ardía ya Alfonso en deseos de acometer alguna empresa con los vencedores de Covadonga, y á este propósito comenzó á excitar el celo religioso y guerrero de aquellos moradores, exhortándolos á salir de sus estrechas guaridas y á emprender la guerra de agresion contra los infieles, en lo cual no hacia sino seguir los instintos de su natural belicoso y fiero.

Brindábale oportuna ocasion el estado en que los musulmanes se hallaban del otro lado de los Pirineos. Allá en la Galia llevaba Carlos Martell mas de ocho años gastándoles las fuerzas con su prodigiosa actividad. Disputábanse con

(1) Propter paucitatem temporis nihil historie dignum egit. Sebast. Salmant. Chron. n. 12.

(2) Afirma Mariana equivocadamente haber muerto Favila sin sucesion; y consiguientemente á este yerro, que una inscripcion de la iglesia de Santa Cruz desmiente expresamente, comete otro mayor y de mas trascendencia, que es suponer que Alfonso fué nombrado rey, *segun* *que estaba dispuesto en el testamento de don Pelayo*. Ni da nadie noticia de semejante testamento, ni la monarquía entonces era todavía hereditaria, sino electiva como en tiempo de los godos.

TOMO I

furor sangriento la posesion de la Provenza y de la Septimania. Marsella, Arlés, Avignon, Nimes, Beziers, Narbona, todas las ciudades del Sur de la Galia de que se habian posesionado los sarracenos, perdidas y recobradas alternativamente por árabes y francos, eran teatro de las devastaciones del feroz Carlos, que en su furor de destruir pretendió hasta incendiar el maravilloso y colosal anfiteatro romano de Nimes. Guerra de exterminio era la que se hacia á los árabes por el Mediodía de la Francia. «Porque francos y sarracenos, dice con loable imparcialidad un historiador moderno de aquella nacion, bárbaros del Norte y bárbaros del Mediodía, parecia competir en aquella época desastrosa en menosprecio de la especie humana; y aun en esta triste rivalidad los francos excedian en mucho á los árabes. Desapiadados estos en el combate, pero tolerantes y humanos despues de la victoria, tenian aliados y súbditos, mientras los francos no tenian sino enemigos, y nadie jamás aplicó tan duramente como ellos el *vae victis* de Roma (3).» Así cuando la muerte sorprendió en 741 al furibundo jefe de la raza Carlovingia, dominaba la Provenza, y tenia reducidos los árabes á Narbona y á la insegura posesion de algunas ciudades de la Septimania.

En Africa habia conseguido Oeba sujetar á los inquietos berberiscos, derrotó muchas de sus tayfas, y dispersó á los mas rebeldes por el desierto. Pero el temor de nuevas insurrecciones le detuvo en Africa por espacio de cinco años, y cuando regresó á España la encontró en el mayor desorden. Durante su ausencia, los walíes y los gobernadores subalternos, mas ocupados en guerras y rivalidades de raza que en el gobierno de los pueblos y en el progreso del Islam, no habian pensado en empresa alguna del otro lado de las fronteras. La discordia reinaba en todas partes. Solo Abdelmelek habia hecho esfuerzos por sostener el honor de las armas musulmicas, y acudido á reprimir las inquietudes de las fronteras. Oeba le dió las gracias por su celo y sus servicios, mas habiendo enfermado el emir en Córdoba, sucumbió sin haber podido hacer otra cosa que dejar el gobierno de España en manos de Abdelmelek como el mas digno.

Completamos el triste cuadro que para los musulmanes ofrecia el estado de su imperio en Africa y España, cuando Alfonso I de Asturias se preparaba á hacer sus primeras excursiones.

Horribles guerras entre árabes y berberiscos habian vuelto á ensangrentar el suelo africano desde la salida de Oeba. Aquellas bárbaras, numerosas y turbulentas tribus berberiscas, caterva de salvajes de cetrinos rostros, ennegrecidos del sol, cubierta solo su cintura con un delantal corto y grosero, siempre de mal grado sujetos, montados en ligerísimos caballos, perpetuamente rebeldes al yugo de los árabes, habíanse insurreccionado de nuevo, y vencido en dos mortíferas batallas las huestes árabes, egipcias y sirias, la una cerca de Tánger, en que veinticinco mil árabes con su jefe el anciano Koltum *recibieron el martirio*, la otra á las márgenes del Masfa, en que despues de otra semejante y no menos espantosa carnicería, obligaron á un cuerpo de veinte mil sirios mandados por Baleg y Thaalaba á refugiarse en Ceuta, desde donde acosados por el hambre imploraron el socorro de sus hermanos de España. Negósele al principio el emir de Córdoba Abdelmelek; y á un piadoso musulman, Zehiad ben Amru, que de su cuenta les envió barcos con provisiones, le hizo arrancar los ojos y ahorcarle entre un cerdo y un perro para ignominia y afrenta y ejemplar escarmiento de los que imitarle pensaran. Mas noticiosos los berberiscos de España de los triunfos de sus hermanos en la Mauritania, revolucionáronse tambien contra el emir, especialmente los de Galicia, y

(3) Saint-Hilaire, Hist. d'Espagn. lib. III, c. 3. «El duque de Austrasia, dice tambien Romey, se mostraba mas bárbaro con los cristianos que ninguno de los generales musulmanes que habian invadido el país. Así la memoria y el odio de la invasion de Carlos Martell han vivido mas tiempo en la Septimania que la memoria y el odio de la ocupacion sarracena.» Hist. d'Espagn. part. II, c. 4. «Aun pueden verse, dice Agustin Thierry hablando del famoso anfiteatro de Nimes, bajo las arcadas de sus inmensos corredores, todo lo largo de las bóvedas, las negras manchas trazadas por las llamas en los sillares que no pudieron ni destruir ni devorar.» Lettres sur l'Histoire de France.